

La felicidad y sus utopías

Curso de verano de la UBU

Burgos, 14 de julio de 2010

José Luis Cabria Ortega

Facultad de Teología. Burgos

Introducción

Mi ponencia en este curso de verano¹ sobre “*la felicidad y sus utopías*” es una reflexión personal, donde las referencias bibliográficas (que serán muy escasas) no revisten un especial significado.. Me he puesto a meditar sobre este tema a la luz de mis conocimientos, saberes, olvidos y recuerdo de lecturas. He dejado que fueran surgiendo las ideas como en un torbellino espontáneo y desordenado. Sólo después he tratado de poner una línea argumental al discurso con el fin de que fuera mínimamente lógico, aunque bien mirado, tal vez hubiera sido mejor dejar que se mostrara el bullir del interior, que pugna por expresar sentires y saberes, intuiciones y aporías, propuestas y recuerdos, pluralidad sin reducción posible a unidad,... utopía, en definitiva.

Mi tesis es la siguiente: **la felicidad humana es una aspiración legítima (1), su consecución histórica una utopía² (2). Pero, no obstante, hay lugares donde la felicidad se quiere, se espera y se alcanza (3).**

(1) La felicidad humana es aspiración legítima (e inexorable)

Voy a comenzar este punto primero con una definición filosófica prestada sobre qué es la felicidad:

“La forma concreta como el hombre está proyectado a sí mismo como animal de realidades, en tanto que fuente de posibilidades, y desde la cual la realidad le ofrece sus posibilidades, es a lo que debe llamarse felicidad, beatitud” (X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Madrid 1986, 391).

¹ Ponencia tenida en la Universidad de Burgos dentro del curso de verano (julio de 2010), organizado en colaboración por la sede de Burgos de la Facultad de Teología del Norte de España, titulado “*La felicidad humana*”.

² Ver en el anexo final el significado común de los términos “utopía” y “felicidad” según el Diccionario.

“La forma real y efectiva como el hombre se apropia *velis nolis* la posibilidad de sí mismo, eso es justamente la felicidad” (X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Madrid 1986, 394).

1. Si esto es así, hay una primera consideración que no se puede obviar: la felicidad es una apropiación real y efectiva por parte del hombre –que está sobre sí- de una posibilidad de ser él mismo (estando implantado la realidad y haciendo propia y suya esa realidad en la que está, es decir, haciéndose cargo de la realidad donde está). Dicho de otro modo, la felicidad consiste en cobrar (de la realidad) una forma concreta (la más humana posible) de ser hombre, de ser persona, de ser sí mismo, y serlo lo más perfecto posible.

Por eso la felicidad es un bien para el hombre, o mejor, su bien más radical. Y puesto que el hombre cobra o determina su forma concreta de ser en cada acción, resultará que en cada acción –por insignificante que parezca- el hombre se está jugando su felicidad (o infelicidad si equivoca la figura de su ser persona). Por eso es inexorable que el hombre busque la felicidad; no puede no buscarla. Es una aspiración más que legítima.

2. Una segunda observación se impone: la felicidad no es propiedad del hombre; ha de apropiarse de ella en las cosas concretas de la realidad (y la vida). Con una característica: las cosas concretas a veces difuminan la felicidad y nos quedamos más en las cosas desde las que somos felices (en lo material, en las conquistas, en los éxitos, en las recompensas...) que en la felicidad misma como modulación de la perfección personal que alcanzamos. Hay una dimensión trascendente de la felicidad, que para el creyente, en concreto, remite a Dios mismo como el sumo y definitivo Bien, y para el no creyente en la trascendencia, esa dimensión se deberá delimitar, sin remisión, en la mera inmanencia.

3. Una tercera observación: “el hombre vive en secuencia, esto es, sigue viviendo, lo cual hace que esta figura de felicidad [alcanzada] sea siempre en principio reformable (...) el hombre no es feliz “definitivamente” en cada una de sus situaciones, puesto que la vida va a seguir... Esto no obsta, sin embargo, para que en cada decisión el hombre haya decidido real y efectivamente, en principio, la figura de su propia felicidad por un acto de decisión. (...) Y aquí es donde está toda la responsabilidad” (X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Madrid 1986, 418-419). Es una enorme responsabilidad (moral), pues en toda acción humana nos jugamos la felicidad o infelicidad si no alcanzamos la plenitud de nuestro ser.

4. Cuarta observación: la felicidad se decide en la línea del ser (de ser persona) y no tanto en la acción, por más que sea en las acciones donde se defina nuestro ser personas felices. Y si es así, solamente podremos comprobar si de verdad hemos logrado o no la felicidad humana plena cuando alcancemos la plenitud de nuestro ser personas, que sólo se adquiere y descubre en lo que llegaremos a ser al final de nuestros días (cuando la muerte nos sancione o afiance definitivamente, dejándonos fijados en nuestro ser logrado en el tiempo y con nuestras opciones libres). Hasta entonces, la felicidad es sólo una aspiración, inalcanzable, utópica, en nuestro tiempo vital, pero que paradójicamente, no se da sino posibilitada por él. Es una utopía que abre a un nuevo “topos” o lugar (epistemológico más que localizado) donde la felicidad ya está alcanzada y fijada. Esta felicidad, en opinión del cristiano, es una felicidad eterna (en Dios, por toda la eternidad). Por eso, desde la fe se afirma que el lugar donde la utopía de la felicidad se “deshace” y se convierte en real, en “*topos*”, es en Dios.

(2) La consecución histórica de la felicidad es una utopía

A este razonamiento de tono más filosófico sobre la utopía de la felicidad histórica del hombre se unen otros argumentos extraídos de la experiencia, que sin ánimo de ser exhaustivos, podemos simplemente señalar para ratificar esta afirmación.

1. La felicidad es una emoción transitoria, fugaz: La felicidad posee una condición efímera, temporal, caduca, limitada... y, al mismo tiempo, sin “espacio existencial” (niño, adulto, anciano) definitivo de realización. Cuando parecer que la felicidad va a ser duradera, se desvanece en el horizonte de lo que pasa, cambia y se muda. La felicidad no se deja poseer ni retener. Otro tanto podríamos decir que ocurre con las edades o lugares existenciales de vivencia: cualquier edad del pasado fue mejor en términos de felicidad. “Es más fácil prescindir de la felicidad futura que de la pasada”, dirá F. Savater (*El contenido de la felicidad*, Madrid 1986, 147).

2. La felicidad no es objeto directo de nuestra decisión: Por mucho que lo intentemos la consecución de la felicidad no está en nuestra mano; escapa de nuestro alcance inmediato, no estra en el ámbito de nuestras capacidades. No obstante, aunque mi decisión no está en el fin (la felicidad) sí lo está en los medios (deseo y voluntad) que pongo para que ésta se pueda producir. De algún modo, puestos los medios, podremos aventurar que la felicidad, si se da, ha de ser adecuada a la voluntad y el deseo de quien la detenta. De otro modo la felicidad no se “reconocería” como tal. En ese sentido podemos afirmar que la

felicidad está muy relacionada con los deseos (y la voluntad) y la satisfacción de los mismos.

3. La felicidad se quiere y se espera, no se posee en plenitud: la felicidad que mira mucho al pasado y está muy relacionada con los recuerdos (“La felicidad no es más que una mala memoria y una buena salud” (A. Schweizer), tiene también un marcado carácter proyectivo y de futuro mejor. Se espera y se quiere que la situación de felicidad no sólo se mantenga en su misma intensidad o que sea perdurable indefinidamente en el tiempo, sino que vaya a más, tanto temporal como espacialmente. Las felicidades históricas (concretas) no agotan la felicidad esperada y querida.

4. Las felicidades programadas (comida, sexo, drogas, alcohol, música, arte, etc. Cf. E. Punset, *El viaje de la felicidad*, Barcelona 2005, 155-175) son atajos que no realizan la felicidad duradera, se quedan en lo puntual, en la acumulación de placeres, pero alejan cada vez más la felicidad espontánea, “natural”, humana, definitiva.

5. Si hay tantas propuestas de felicidad, es que aún no se ha encontrado la felicidad universal y asequible, razonablemente saludable. La felicidad tiene muchos rostros y muchos itinerarios para ir a ella, es susceptible de muchas elecciones –con sus consecuencias-, lo cual permite que sea alcancen esquivarlas –aunque importantes- de felicidad en muchos momentos de nuestra vida, mientras se nos esconde (y desvela) la felicidad que no defrauda, aquella que nos hace ser personas en plenitud.

6. Si cambian alguno de los factores que propician la felicidad, ésta corre serio riesgo de diluirse o desaparecer. Una situación de felicidad conquistada puede quedar en recuerdo del pasado si varían, por ejemplo, las *circunstancias económicas* que posibilitan ciertas condiciones para vivir feliz, si la libertad está coartada, si se reduce la posibilidad de participación social o en redes sociales, si se rompen o enrarecen las relaciones íntimas (familia, amigos), si varían las condiciones de salud,... Pequeños o grandes cambios pueden mostrar la irrealización sostenida de la felicidad.

7. Algunos modelos o propuestas del pasado para ser feliz, siguen teniendo su actualidad, pese al tiempo transcurrido y los intentos por ponerlos en práctica en otras épocas. Su alcance individual fue limitado; tal vez pudiera resultar mejor o más acertado tomar estas propuestas clásicas –de Horacio- en su

conjunto, como signo de aspiración a lo que sigue siendo una utopía por conquistar. Así se habla de:

- “*Si ventri bene*” (si el vientre está bien, si no hay dolor lo mejor es dejar de quejarse o de buscar otros placeres que puedan esclavizar);
- “*carpe diem, quam minimum credula postero*” (“recoge lo que el día te ofrece y no confíes mucho en el futuro”, es decir, sacar provecho de lo que hay);
- “*aurea mediocritas*” (cultivar el término medio sin excesos);
- “*sapere aude: incipe*” (atrévete a ser sabio: empieza);
- “*beatus ille, qui procul negotiis..*” (feliz aquél que lejos de los negocios... se vuelve a lo natural y sencillo, sin aspirar a paraísos imposibles).

Uniendo estos aforismos el médico Rogeri Armengol escribe: “La obra de Horacio además de ser sumamente bella es un canto continuo a la sencillez y a la moderación para no deteriorar lo que puede ser una vía buena. *Sapere aude, beatus ille, cape diem* para todos los que quieran acceder a la *aurea mediocritas si ventri bene*” (*Felicidad y dolor. Una mirada ética*, Barcelona 2010, 258).

(3) No obstante, hay lugares donde la felicidad se quiere, se espera y se alcanza

Aunque la felicidad plena pueda resultar una utopía que se alcance sólo al final de nuestra vida cuando quedemos fijados de modo definitivo en el grado de felicidad que hayamos logrado, podemos, no obstante, enumerar algunos de los lugares o tópicos donde la felicidad se alcanza y nos permite ser personas, aunque en decurso, pues mientras vivimos estamos en continuo movimiento y cambio hacia la plenitud de ser.

Si, como he afirmado más arriba, la felicidad es una apropiación real y efectiva por parte del hombre de una posibilidad de ser él mismo como persona, lo que habrá que determinar o concretar es cómo apropiarse dichas posibilidades, pasando por identificarlas o al menos señalarlas.

A mí me parece que debemos retroceder en busca de la identidad de lo que somos nosotros en realidad. Puesto que la felicidad hace relación directa con la persona todo lo que contribuya a ser más persona me hará más feliz.

1. La persona es una realidad psicosomática donde dos aspectos –soma y psique, cuerpo y alma, materia y espíritu- constituyen una unidad estructural de tal manera que todas las acciones y actividades del hombre son psicosomáticas (inteligencia sentiente, voluntad tendente, sentimiento afectante) y determinan la forma de enfrentarse (habérselas) con el entorno y toda realidad: la habitud. Por ello todo aquello que contribuya a potenciar sea el momento corporal (salud, bienestar físico, ausencia de dolor intenso (propio o ajeno) físico o moral...) sea

el momento espiritual (contemplación, sosiego, paz -consigo mismo, con los otros, con el mundo, con Dios-, tranquilidad de espíritu, quererse a uno mismo...), sea en su unidad o realidad psicosomática (integración de inteligencia, voluntad y sentimiento, autocontrol personal, procura de sano equilibrio de opuestos –soma/cuerpo- psique/alma...).

2. Puesto que la persona humana está implantada en la realidad y en ella y con ella ha de hacerse persona, la felicidad estará también en estrecha relación con una inteligencia que busque la verdad (adecuación o desvelamiento, realismo) y la sabiduría como saber comprensivo, que se emocione con fruición ante la belleza y disfrute del placer estético, que en el uso de su libertad y voluntad tienda al bien y el compromiso caritativo o altruista desde el amor que hace nuevas todas las cosas. Las aplicaciones y concreciones de estos cauces para ejercitarnos en ser más nosotros y, por ende, en ser más felices.

3. En esta línea de detectar lugares para la felicidad habría que tener presente que la persona humana, en su interioridad, se mide hacia fuera en sus dimensiones estructurales. La potenciación de cada una de ellas puede ser a su vez cauce para la felicidad aspirada. Reforzar la dimensión individual (autoposesión, autoestima, conocerse, aceptarse, quererse, soledad, virtudes...), integrar la dimensión histórica (pasado asumido, presente comprometido, proyectar futuro, integrar errores, reto de afrontar el hoy sin huidas...), potenciar la dimensión social (entramado social íntimo y cercano, amplio abanico de relaciones, compromiso con las injusticias, militancia...), no descuidar la dimensión religiosa o religante (oración, culto y piedad, obediencia –“*ob-audire*”- a los contenidos de la revelación, conciencia eclesial, fraternidad, optimismo salvífico...).

4. Atención al entorno más inmediato y circunstancial ante el que se ha de responder desde una búsqueda de ser más y mejor persona que construye su figura de ser. No se han de olvidar aspectos relacionados con: trabajo, salud, familia, dinero, educación, grupo étnico, comunidad política, cultural... (cf. E. Punset, *El viaje de la felicidad*, 106ss). Todo aquello que contribuya a que estas circunstancias se integren en el yo personal que se actualiza y realiza, para ser más feliz serán aspectos a tener muy en cuenta, pues en este apartado no encontramos con el dato siguiente: la resolución no correcta o errónea de estas circunstancias pueden contribuir en relativo alto porcentaje a dificultar el estado de felicidad deseado, por ello se requiere un esfuerzo, una apuesta decidida por resolver los posible conflictos y por mejorar nuestro entorno; parte de nuestro

bienestar y percepción de estado de felicidad van a depender –positiva o negativamente- de dicho entorno.

5. No debemos olvidar que ser feliz es no sólo un derecho o un deber, o una mera posibilidad, es un arte que se ha de ejercitar y es un camino que se puede recorrer. Algunos autores se atreven a dar unas pautas o marcar hitos que orienten en esta ejercitación. Baste recoger varios de los enunciados que algunos autores de plena actualidad como A. Grün propone en su libro “*El arte de ser feliz*” (Santander 2008): “Ser feliz significa estar en armonía conmigo mismo, estar por entero en el momento presente, permanecer en la quietud para poder vivir plenamente cada instante y estar abierto al milagro del encuentro, prestar atención a todo cuanto hago. La felicidad se expresa en la gratitud, en la serenidad y la libertad interior, en la alegría y el amor, en la salud y la satisfacción. Quien ejercite estas diez actitudes se sentirá feliz una y otra vez. Pero no poseerá la felicidad pues ésta no se deja retener, sino únicamente podemos percibirla en un instante” (pág.11).

Palabra final

Al final me queda la sensación de que la felicidad es como una realidad escesivamente poliédrica, difícil de definir y más difícil aún de poseer. Su paradoja está en que no podemos dejar de bucarla porque este dinamismo está inscrito en nuestra condición personal, pero con la sospecha fundada de que su consecución es más utópica que real, más ilusoria que verdadera, más limitada que perfecta, más escatológica que histórica.

La felicidad nos pone en camino hacia la realidad donde nos encontramos, hacia el interior de nosotros mismos, hacia el otro como otro conmigo, hacia Dios como mi fundamento, hacia el cosmos como mi entorno vital. Y en ese “ir hacia” es donde atingimos –sentimos, entendemos, queremos- que la felicidad juega, como el famoso juego de mi infancia, al “*tres navíos en el mar, y otros tres en busca van*”: se deja ver, alcanzar, pero no poseer o atrapar. Ahí reside lo atrayente de su misterio. Lo que nos mantiene en continua tensión y da sentido para seguir en pos de la figura de la propia felicidad en cada acto de decisión, en espera de que sea la felicidad definitiva en Dios nuestra última patria.

Aclarando conceptos desde el Diccionario

1) Real Academia de la Lengua

Felicidad (Del lat. felicĭtas, -ātis):

1. f. Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien.
2. f. Satisfacción, gusto, contento.
3. f. Suerte feliz.

Infelicidad. (Del lat. infelicĭtas, -ātis). 1. f. Desgracia, suerte adversa.

1) Diccionario del Cristianismo (O. de la Brosse et alii, Cristiandad)

Felicidad (Del lat. felicĭtas, -ātis):

1. f. En sentido absoluto, el estado en el que la persona humana goza de la satisfacción completa de todas las tendencias de su naturaleza. Este estado no consiste en la posesión de una multitud de bienes parciales y limitados, sino en un acto que une con el Bien supremo y tiene así valor de consumación y acabamiento.
- 2.- Dicha, bienaventuranza, beatitud (de suyo más estable que la felicidad: se habla de felicidad pasajera, no de una beatitud fugaz)

Utopía (Del οὐ, no, y τόπος, lugar: lugar que no existe):

Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación.